

CARTAS Á UN AMIGO

PARÍS, 19 de Abril de 1851.

Querido mío: Con gratitud y ternura he visto lo que ustedes trabajan por poner á salvo la verdad en punto al recibimiento que mi pobre persona ha merecido en estas tierras. Yo no había querido hablar á Ud. de eso, porque en rigor no valía la pena, y porque nunca me ha gustado obrar como farsante. Pero ya que tiene Ud. tanto interés en saberlo, sólo le diré que no sé de ningún diplomático extranjero que haya sido mejor recibido en París por todas las clases de la sociedad, y señaladamente por las altas. Todos los salones, incluso el de la Princesa de Lieven, que es el primer salón político del mundo, abierto á poquísimos escogidos, se abrieron para mí, aun antes de haber presentado mis credenciales, y cuando sólo podía anunciarme como *Donoso Cortés*. Esta es la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad.

El *caritativo* parrafito de la *Revista de Ambos Mundos*, relativo á mí, de que Ud. me habla, sé de positivo que se puso sin saberlo el Director, que está enfermo. A tiro de ballesta se conoce que no es su autor un francés: brilla en él demasiado el odio español. ¡Dios santo! y ¿á quién odia esta gente? A un hombre que jamás ha hecho mal ni aun á sus enemigos; á un hombre que no ha querido ser Ministro, cabalmente por no hacer á nadie ni aun aquel mal que en los que gobiernan, es muchas veces justo y obligatorio; á un hombre de cuya boca, ni siendo de la oposición, ni siendo ministerial, salió jamás una per-

sonalidad. Dios los perdone. Si me atacan, no por eso me defenderé. Mi vida es demasiado pura para que yo la defienda.

Pero de todas maneras, mi dolor es muy grande al comparar el modo que tienen de tratarme en mi patria con las distinciones que estoy debiendo á los extranjeros. Lo que conmigo pasa, no es más ni menos que uno de tantos síntomas como revelan el lamentable estado de ese país. Eso está perdido del todo: ahí no hay más que una lucha de vergonzosas personalidades, y una caza perpetua en la que unos pocos de hombres se pelean sobre cuál caza más. El liberalismo y el parlamentarismo producen en todas partes los mismos efectos: ese sistema ha venido al mundo para castigo del mundo: él acabará con todo, con el patriotismo, con la inteligencia, con la moralidad, con la honra; es el mal, el mal puro, el mal esencial y substancial. Eso es el parlamentarismo y el liberalismo. Una de dos: ó hay quien dé al traste con ese sistema, ó ese sistema dará al traste con la Nación Española, como con toda la Europa. Pero yo temo que entre en los designios de la Providencia que ese mal no pueda ser estirpado sino por otro mayor; para ese mal mayor se preparan tal vez las sociedades.

En ese caos no se pueden dar consejos. Afortunadamente los que pensamos como Ud. y yo, no tenemos elección. Por lo que á mí hace, nada tengo que disponer, porque por ahora no pienso ir á España: si fuera, sería para decir todo á todos.

Adiós, amigo mío, Ud. sabe cuán de veras le quiere su afectísimo,

DONOSO.

PARIS, 1.º de Mayo de 1851.

Mi querido amigo: Voy á referir á Ud., aunque no sea más que en abreviadísimo resumen lo que pasó en la entrevista que he tenido con el príncipe de Metternich. La grandeza del papel que este célebre personaje ha desempeñado en el mundo, hace que todo lo que con él tiene relación, sea siempre muy interesante.

El Príncipe me recibió con el agasajo más cumplido: yo por mi parte saludé con la veneración más profunda aquella ruina, todavía majestuosa, de otra edad y de otros tiempos. Un hombre que ha sido ministro durante treinta y nueve años en el siglo décimonono; que, durante este larguísimo período, ha sido el árbitro supremo de uno de los más bellos imperios del mundo; que se ha mezclado en todo, y ha influido en todo; que ha intervenido en toda clase de guerras, en todas las paces, en todas las alianzas; que ha sido uno de los más grandes arquitectos del edificio político de Europa; y que, caído y todo como está, influye todavía poderosísimamente en los consejos de los Príncipes, es un espectáculo que infunde naturalmente grande reverencia y profundísimo respeto.

La fisonomía del Príncipe es á un mismo tiempo agradable y tranquila: sus facciones son bellas aún, y su belleza está en su proporción hermosa. Habla mal el francés, y le habla muy despacio: habla mucho, porque es viejo; pero las cosas que dice, son buenas, aunque son muchas: alguna vez habla de lo futuro, pero casi siempre de lo pasado.

Comenzó por referirme la historia de su vida, que es la historia del siglo presente. En ella es notable el principio y el

fin. Apenas salido de la infancia, tuvo por ayo y maestro á un francés llamado Simón, amigo íntimo de Robespierre y presidente del Comité Decemviral, que dirigió la célebre y lamentable jornada de Agosto, en la que acabó la Monarquía. El joven Metternich debía de ser incorruptible, cuando no fué entonces corrompido. La influencia de la educación, sin dejar de ser grande, ha sido exagerada, señaladamente por los políticos griegos: hay organizaciones que son desde luego lo que han de ser en adelante, sin que ningún género de educación sea poderoso para corregirlas ni para mudarlas: acontece esto sobre todo en aquellos hombres que la Providencia escoge como instrumentos de sus inmutables designios. En la misma escuela en donde otro hubiera apurado, hasta convertirle en su propio jugo, el veneno democrático, aprendió Metternich á conocer la democracia y á aborrecerla: siendo digno de notarse que por lo general los que mejor combaten á un enemigo, no son los que le aborrecen, sino los que le conocen. Metternich y Mirabeau son los testimonios más insignes de esta verdad, entre cuantos nos presenta la historia contemporánea. Metternich, que desde niño conoció á la democracia como á su propia madre, es el hombre que ha dirigido contra ella los golpes más certeros: Mirabeau, que era nobilísimo por su sangre y por su educación cortesana, acabó con la aristocracia, y desmanteló la Monarquía. A este propósito recordaré aquí, en comprobación de la misma verdad, que Voltaire, el enemigo personal y jurado del Señor, fué el hombre de su siglo que más frecuentemente hojeó las Santas Escrituras, siendo de opinión que el buen abogado no era aquel que leía constantemente lo que á su parte era provechoso, sino aquel que tenía siempre á la vista los autos de la parte contraria.

Por lo que hace al fin de su carrera pública, el príncipe de Metternich afirma que se retiró del poder, no porque la Monarquía tuviera enemigos, y esos armados, sino porque en el momento supremo aflojaron sus defensores. El Príncipe aconsejó la represión inmediata de la insurrección, represión que

en su sentir era posible y hacedera: en los altos consejos, sin embargo, prevaleció la política de las concesiones, y el Príncipe se retiró ante esta política, que tuvo por desastrosa.

El Príncipe no puede hablar sino apoyado en fórmulas, que ponen de relieve su pensamiento, y en comparaciones y símiles, sacados de las cosas vulgares, que contribuyen á hacerle más perceptible. Hablando del sistema de concesiones, dijo: que toda concesión es un gasto; y que los gastos son de dos maneras, según que tienen por objeto la renta ó el capital: que el que gasta la renta para salvar el capital, hace bien; pero que el que gasta el capital para salvar la renta, se arruina. Aplicando estos principios al caso en cuestión, dijo: que las concesiones administrativas son aquel gasto sobre la renta, que contribuye muchas veces á salvar los capitales: pero que las concesiones políticas son aquel gasto sobre el capital, que conduce derechamente á la bancarrota y á la miseria.

El Príncipe dice que ha mirado siempre con horror y desvío la política; y que su mala estrella le ha obligado á ser hombre público contra todos sus instintos: que él hubiera sido un buen profesor de matemáticas y de ciencias naturales, para las que reconoce en sí grande disposición y grande apego: que los vendavales y la voluntad ajena le han obligado á ser otra cosa diferente.

Por lo general, no se da crédito al que afirma de sí propio que tiene en aborrecimiento la vida pública, y que, á poder seguir sus gustos, preferiría la privada. Yo he sospechado siempre lo contrario de lo que el mundo sospecha: yo estoy inclinado á creer á todo el que me dice: "Tengo en detestación el ruido; quiero la paz y el descanso,": sin que se altere mi creencia al considerar que pocos de los que esto dicen, lo hacen; persuadido como estoy de que el hombre está condenado á hacer aquello que le enoja, y á dejar de hacer aquello que apetece: de la misma manera que conoce el bien, y le aprueba, y sin embargo, no le hace, sin que el no hacerle pruebe gran cosa contra su aprobación y su conocimiento; mientras que conoce

el mal, y le aborrece, y sin embargo, le ejecuta, sin que su ejecución pruebe que ni le aborrece ni le conoce.

Las cosas de Alemania fueron después el asunto preferente de la conversación. El Príncipe, siguiendo su costumbre, me hizo una relación circunstanciada y minuciosa de todo lo ocurrido en el Congreso de Viena, viniendo á parar después en las complicaciones actuales. Me dijo que no había que temer nada por aquel lado: que la reconciliación del Austria y de la Prusia era ya un hecho, si bien faltaba todavía por arreglar algunos pormenores. Volviendo aquí á sus comparaciones y símiles, dijo que la Confederación era un edificio, y el Austria y la Prusia los arquitectos: que los arquitectos no disputaban ya sobre la naturaleza y forma del edificio, estando sobre estos particulares perfectamente de acuerdo; que la disputa ahora versaba sobre la manera de amueblarle. Llegado aquí, manifestó una opinión singular, en apoyo de la cual trajo su comparación correspondiente. En su sentir, el Austria debe desistir del propósito de entrar en la Conferencia con todos sus Estados; propósito que, sobre no estar exento de complicaciones Europeas, va derechamente contra el interés del Austria. Dijo que el Austria es, como Rothschild, un gran banquero: que, como él, desea entrar en sociedad con otros banqueros para su negocio especial, al que no alcanzan las fuerzas individuales: el fin de la sociedad es la extirpación de la revolución en Alemania. Ahora bien, dice el Príncipe: así como Rothschild sería loco si en vez de poner en una compañía formada con un objeto especial la parte que le corresponde, entrara en ella con toda su fortuna, hasta el punto de dejar de existir como banquero independiente, de la misma manera sería en el Austria insigne locura poner en la compañía alemana todo cuanto tiene, sin reservarse para sí nada de lo que puede constituirle en un Imperio separado, dejando absorberse así en la personalidad colectiva su propia persona.

De la Europa en general el Príncipe no está lejos de pensar lo mismo que yo pienso. Del Piamonte dice, que su ruina es

cierta; y de la Francia, que no ve ningún porvenir ni ningún horizonte; que en ella toda la armazón del cuerpo social está por el suelo, y que él no conoce quién pueda levantarlo, poniéndolo en su conveniente equilibrio.

Me preguntó si M. Guizot y yo nos tratábamos; y como yo le contestara que nos unían vínculos estrechos de amistad, me dijo: Así debe ser: *M. Guizot est un bon garçon qui revient à la vérité*. En otra ocasión, hablando del mismo personaje, dijo: que no era hombre de principios, aunque era hombre de sistema; y que no debían confundirse estas dos cosas: que un sistema es como un cañón puesto en un hueco estrecho de un muro, para librarse del cual basta ponerse á un lado, y evitar la línea recta; mientras que los principios son como un cañón giratorio, puesto al aire libre, el cual vomita fuego contra el error en todas direcciones.

Lo que distingue sobre todo al Príncipe, es la probidad política, y su buen sentido imperturbable: de lo único que se alaba, es de haber sido siempre el mismo, y siempre honrado. Sin ser uno de aquellos espíritus eminentes que vuelan en las alas de las concepciones más gigantescas y atrevidas, alcanza á la misma altura que ellos, á fuerza de observaciones y de un estudio asiduo de las cosas menudas. El sólo posee en su integridad la historia del siglo presente.

Después de haberme invitado con el mayor cariño á comer, invitación que creí deber rehusar pretestando un compromiso anterior, tuvo la bondad de ofrecérseme enteramente, y de manifestarme el gusto que tendría en conservar conmigo relaciones amistosas.—Yo soy—me dijo—un libro voluminoso en donde están consignados todos los grandes hechos de este siglo; cuando Ud. quiera, me pongo á su disposición para que me hojée desde la primera á la última hoja.

De Ud. siempre afectísimo,

DONOSO.

PARÍS, 15 de Mayo de 1851.

Mi querido amigo: Con mucha pena y no sin estremecimiento veo los pormenores que me da Ud. en su última, acerca de la situación de ese país, aunque en ella no me dice Ud. nada que yo no sepa ó presuma, aún mejor que los que están Uds. ahí: la distancia es necesaria para la perspectiva. Sí; ese país está perdido; perdido del todo, perdido sin remedio; y la Europa tampoco lleva mejores trazas de ganarse.

El partido moderado español, que hasta ahora ha sostenido el orden público, me parece que está definitivamente disuelto, obedeciendo de esta manera á la ley en virtud de la cual el mismo movimiento de disolución se observa en todas partes. Intento vano sería atribuir á causas especiales esta disolución: las causas son generales, porque el fenómeno es general; las causas son europeas, no son de ningún modo españolas. En España como en Italia, en Italia como en Francia, en Francia como en Inglaterra, todos los antiguos partidos se disuelven rápida y simultáneamente. El gran resultado, el resultado definitivo de este concurso de disoluciones, me parece ser la formación próxima de dos unidades contradictorias; la unidad democrática, por un lado, y la monárquica, por otro. Todo lo que está en medio de las dos, me parece condenado á perecer irremisiblemente.

Ignoro lo que ese Gobierno hará en tan lamentables circunstancias: á nosotros sólo toca señalar á su atención este fenómeno, á un mismo tiempo local y general, español y europeo, para que dándole la importancia debida, resuelva en su prudencia lo más conveniente. Sólo diré que habría un gran

peligro, porque habría un grande error, en creer que el partido democrático de España es hoy lo que fué ayer. Ayer apenas era una pandilla; hoy es un partido formidable: ayer se componía de algunas docenas de personas; hoy de todo el partido progresista, menos sus jefes, que eran cabalmente los que le contenían dentro de los límites legales y parlamentarios: por la misma puerta por donde sus jefes han salido, han entrado los proletarios y jornaleros: de manera que al mismo tiempo que pierde con sus jefes su prudencia, gana con sus nuevos soldados una salvaje y destructora energía. Ustedes verán antes de mucho tiempo á *El Clamor Público*, representante verdadero de los instintos progresistas, pasarse con armas y bagajes á los reales democráticos; así como verá infaliblemente á *La Nación* desaparecer de la escena política por falta de suscritores.

Al mismo tiempo verá Ud. otro fenómeno, al partido moderado fraccionándose cada vez más, hasta el punto de no encontrar dos de sus individuos que piensen de una misma manera. Motivos sacados del miedo ó del interés podrán reunir por algunos momentos esos átomos — que tienden á separarse con una fuerza centrífuga irresistible; pero esos momentos pasarán con rapidez, y con ellos las últimas esperanzas de ese partido, que en los días pasados fué un partido glorioso ¹.

En medio de ese caos, quizá lo mejor para Ud. sería venir y dejarse llevar: no se agite Ud. estérilmente: deje usted obrar al que obra todas las cosas, sin necesidad de nuestras estériles agitaciones.

Suyo como siempre, afectísimo,

Donoso.

¹ Aquí el Marqués de Valdegamas quiso poner graciosamente esta flor, aunque inmerecida, sobre el sepulcro del partido moderado.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

PARÍS, 10 de Junio de 1851.

Querido mío: He recibido la de Ud. del 6, y por ella veo que ha sucedido ahí con mi libro (*El Ensayo*) lo mismo que yo predije, y que Ud. y todos mis amigos debieron prever. El caso se reduce á lo siguiente: Ud. encuentra á uno en la calle, y le dice:—“Usted. es muy feo.”—Pregunta: ¿ese uno le dará á usted las gracias, y le dirá á Ud. que es bonito?—locura sería pensarlo. Pues bien, aplique Ud. el cuento. Yo me encuentro á los liberales, y les digo:—“Son Uds. muy feos.”—¿Cómo diablos quiere Ud. que me lo sufran, y que me den las gracias encima?

Esto, sin embargo, como Ud. ve, no prueba nada, sino que yo he puesto el dedo en donde debía ponerle. Sin embargo, debo confesar que mi libro ha salido á luz fuera de tiempo: ha salido antes, y debía haber salido después del *diluvio*. En el diluvio se ahogarán todos menos yo, es decir, las doctrinas de todos menos las mías. Mi gran época no ha llegado; pero va á llegar. Ya verá Ud. qué naufragio, y cómo todos los naufragos buscan refugio en mi puerto: aunque bien pudiera suceder (cosas como ésas se han visto), que ni aun así le quisieran, prefiriendo el mar salado. Cada uno tiene su gusto; y sobre gustos no hay nada escrito.

Pero vea Ud. lo que son las cosas. Mientras que con mi libro pasa ahí lo que pasa, aquí donde acaba de publicarse traducido, *ha hecho explosión*. Varios periódicos han copiado ya capítulos y trozos acompañados ó precedidos de elogios, grandes todos, y algunos entusiastas. Todos anuncian artículos formales para en lo sucesivo. Los extraños me vengan así de los propios.